



**TRABAJO Y CLASES SOCIALES: UN DEBATE ABIERTO EN LAS POLÍTICAS SOCIALES Y EL
TRABAJO SOCIAL***

Tamara Seiffer¹

“... un simple trabajador del campo divulga las
luces de la filosofía, cuando el académico
Concordet [...] trabaja incesantemente para
oscurecer la luz.”

Maximilien Robespierre (en Casullo, 1991: 29)

Resumen: En tanto las políticas sociales tienen un papel activo no sólo en las soluciones a los problemas sociales sino en la construcción misma de esos problemas, se constituyen en un campo de lucha, una mediación de las luchas de las diferentes fuerzas sociales y sus proyectos de sociedad, y de los actores propios de su campo -entre ellos los trabajadores sociales. En este artículo se presenta la discusión de dos grandes formas de entender el trabajo y las clases sociales: una basada en el legado de Marx y otra en lo que podemos llamar “campo posmoderno”.

Palabras clave: Políticas Sociales – Trabajo – Clases Sociales

Tanto para el abordaje teórico de la política social y el Trabajo Social como para la intervención es necesario que tengamos presentes la dimensión objetiva y la dimensión subjetiva. Mientras la primera nos permite ubicar la política social y nuestra profesión en el proceso de la reproducción social “en cuyo centro se encuentra el problema general de la reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, de las clases

* El artículo es resultado de las discusiones originadas en la cursada del Seminario de Posgrado “La modernidad y la crítica posmoderna” dictado por el Prof. Dr. José Paulo Netto en el año 2006 en el marco de la Maestría en Trabajo Social de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata.

¹ Lic. en Trabajo Social, docente de la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales, Becaria Conicet y Doctoranda en Ciencias Sociales.



sociales” (Danani, 2004); la segunda nos permite entenderlas como una construcción simbólica, en tanto orientadas por formas de entender el mundo: una forma de entender el trabajo (y el no trabajo), una forma de entender a los sujetos destinatarios de las mismas (excluidos, marginales, sectores populares, ciudadanos, clase trabajadora, etc.), una definición de qué son necesidades, de cuándo su no satisfacción es un problema, de qué sujetos merecen atención y de quién/es es/son los responsables de encararla; elementos que están presentes explícita o implícitamente en toda política social.

En este sentido, es importante entender que las políticas sociales tienen un papel activo no sólo en las soluciones a los problemas sociales, sino en la construcción misma de esos problemas. Son un campo privilegiado de discusión respecto del problema de la reproducción, de las condiciones de vida y de cómo se configuran los problemas sociales; y producen una sociedad tanto en términos materiales como subjetivos, es decir, tienen un papel en la conformación de la hegemonía (Grassi, 2003; Danani y Grassi, 2008). Así es que **las políticas sociales se constituyen en un campo de lucha, una mediación de las luchas de las diferentes fuerzas sociales y sus proyectos de sociedad, y de los actores propios de su campo -entre ellos los trabajadores sociales.**²

Este artículo se centra en la dimensión subjetiva al poner en discusión dos grandes formas de entender el trabajo y las clases sociales que, como dijimos, son elementos presentes en toda política social: una basada en el legado de Marx y otra en lo que podemos llamar “campo posmoderno” (Netto, 2004: 157).

Los siglos XVI, XVII y XVIII marcaron una de las más profundas transformaciones en la historia de la humanidad: el pasaje del modo de producción feudal al modo de producción capitalista. Fueron necesarios tres siglos de expropiación violenta: de cercamiento de las tierras comunales, de despojamiento de las fincas, de

² Es imposible pensar la profesión en el proceso de reproducción de las relaciones sociales independientemente de las instituciones de la política social a las que está vinculado el Trabajo Social como profesión asalariada.



explotación de los bienes eclesiásticos y de enajenación de las tierras fiscales³; para dar paso al surgimiento del obrero doblemente libre: libre de las relaciones de dependencia personal que lo ataban a su señor feudal, y libre de los medios necesarios para poner en movimiento su fuerza de trabajo.⁴

Pero los productores separados de sus medios de producción y de vida no entran de forma automática en el mercado de trabajo. No por haber sido expropiados de sus tierras, no por haberse destruido sus formas de trabajo y subsistencia, pasan a venderse automáticamente como fuerza de trabajo. Si bien por la fuerza del hambre y la privación física estos sujetos se ven mayormente obligados venderse como fuerza de trabajo, a “venderse o morir”⁵, y de aquí el papel estructurante de la pobreza en el capitalismo como fuerza que se les impone a los individuos (Danani, 1999); existieron “rutas de escape” a la proletarianización: los robos, el saqueo, la mendicidad, la fuga, la revuelta, las migraciones, la disminución del consumo, etc. (Offe, 1991; Danani, 2005).

Es decir, la separación de sus medios de vida no alcanza para explicar por qué los seres humanos se disponen a venderse como fuerza de trabajo. Fuerza de trabajo que, como señala Marx, “sólo puede aparecer en el mercado en la medida y por el hecho de que su propio poseedor –la persona a quien pertenece esa fuerza de trabajo- la ofrezca y venda como mercancía” (Marx, 1999: 203). “Fueron necesarios siglos hasta que el trabajador “libre”, por obra del modo de producción capitalista desarrollado, se prestara voluntariamente, es decir, se viera socialmente obligado, a vender todo el tiempo de su vida activa, su capacidad misma de trabajo, por el precio de sus medios de subsistencia habituales” (Marx, 1999: 327). El hecho de que los sujetos hayan recurrido

³ “[La] transformación usurpatória, practicada con el terrorismo más despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada moderna, fueron otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Esos métodos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron el suelo al capital y crearon para la industria urbana la necesaria oferta de un proletariado enteramente libre” (Marx, 2000: 917-918).

⁴ “Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo.” (Marx, 1999: 205).

⁵ “... el hambre no sólo es pacífica, silenciosa, una presión constante, sino que, como la motivación más natural para la industria y el trabajo, induce los esfuerzos más poderosos [...] establece fundamentos duraderos y seguros para la buena voluntad y la gratitud” (Townsend en Polanyi, 2006).



a las “rutas de escape” minoritariamente, se debe a la disposición de los sujetos a vender su fuerza de trabajo en el mercado. Es decir a que los mismos hayan naturalizado la venta de su fuerza de trabajo como la forma legítima de obtención de los medios de vida (Danani, 2005). Es decir, estos sujetos que se enfrentan a sí mismos como individuos libres, necesitan desarrollar su capacidad de autoobligarse a la producción de valor a través de la venta de su fuerza de trabajo como condición de su supervivencia. En tanto no pueden verse forzados por un otro a poner en movimiento su propia capacidad para el trabajo, necesitan desarrollar la capacidad para ejercer autónomamente este dominio sobre sí mismos.

Así como el Estado intervino en el proceso de desposesión que mencionamos antes, tuvo una política activa actuando, por un lado, con medidas coercitivas de criminalización y persecución de los modos de subsistencia que representaban alternativas potenciales a la relación salarial (basta recordar las Leyes de Pobres de Inglaterra durante el período). Por el otro, en la producción de la voluntad, de la autodisposición a la venta de la fuerza de trabajo a través de la adquisición de ciertas normas y valores. Al mismo tiempo, para actuar eficazmente como representante general del capital social (Thwaites Rey, 2005)⁶ el Estado debe ser reconocido por los individuos (los ciudadanos) como la autoridad que impone la ley por el bien común. Su acción tiene que presentarse como expresión de intereses generales y este reconocimiento implica el desarrollo de tal disposición por parte de los individuos. **La transformación radical que dio lugar a la existencia del modo de producción capitalista, estuvo entonces acompañada por una igual de radical transformación en términos de concepción del mundo: el mundo antiguo daba paso a la modernidad.**

El proyecto moderno nació de la mano de una burguesía revolucionaria que se oponía al poder de los señores de la gleba y de la Iglesia, atacando la visión sagrada y

⁶ “El Estado, como garante de las relaciones de producción, lo es de ambos sujetos sociales que encarna esas relaciones –capitalistas y trabajadores-; ahí reside su apariencia de estar “por encima” de los antagonismos que ellas engendran. Pero no es un árbitro neutral, en la medida en que su razón de ser es reproducir la asimetría que está en la base de la relación social del capital. Y lejos de ser, como aparece, una forma separada de la sociedad, es un momento necesario de su reproducción: es la representación socialmente organizada del capital total” (Thwaites Rey, 2005)



teológica de un mundo que se presentaba como estadio final de la humanidad. Así abordó la empresa de destruir cada una de las instituciones entonces erigidas, oponiendo a la visión inmutable, natural y jerárquica de la concepción religiosa del mundo y del universo de entonces, una concepción científica de un mundo que pasó a presentarse como perfectible. Opuso al Dios del mundo feudal, la idea de la Razón. Los hombres del Iluminismo estaban convencidos de que la mente podía aprehender el mundo y subordinarlo a las necesidades humanas. Este proyecto “supuso un extraordinario esfuerzo intelectual [...] destinado a desarrollar la ciencia objetiva, la moral y la ley universales y el arte autónomo, de acuerdo a su lógica interna” (Harvey, 1996: 27).

La crítica se convirtió en el arma más importante contra la irracionalidad. A través del uso de la razón y armados de la crítica, se lograrían grados cada vez mayores de libertad y perfección de la humanidad. El trabajo dejó de ser presentado como castigo y pasó a ser el fundamento de la riqueza de las naciones (Smith, 1999). El proyecto moderno reconoció la teleología, los hombres podían “hacer su propia historia”. Y la historia prometía libertad, igualdad y fraternidad.

Ya avanzado el siglo XIX, el poder del capital avanza sin tregua sobre el mundo de la vida, la burguesía se consolida como clase dominante y las armas con que las derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella (Marx y Engels, 1994). Las revoluciones de 1848 ponen fin al carácter revolucionario de esta clase, erigiendo como nuevo sujeto revolucionario, y por ello capaz de llevar adelante el proyecto moderno, a la clase obrera (Hobsbawm, 1999). Al respecto Harvey plantea:

Antes de eso [de las revoluciones de 1848], pensadores que pertenecían a la tradición de la Ilustración, como Adam Smith o Saint-Simon, podían sostener razonablemente que, una vez rotas las cadenas de las relaciones feudales, un capitalismo benévolo (organizado por la mano invisible del mercado o por el poder de asociación que tanto apreciaba Saint-Simon), extendería a todos los beneficios de la sociedad capitalista. Esa fue una tesis que Marx y Engels rechazaron vigorosamente, y que se volvió cada vez más insostenible a medida que avanzaba el siglo y se ponían de manifiesto las crecientes desigualdades de clase del capitalismo. El movimiento socialista amenazaba la unidad de la razón de la Ilustración e insertaba una dimensión



de clase en el modernismo. ¿Sería la burguesía o el movimiento obrero el que informaría y dirigiría el proyecto modernista? (Harvey, 1996: 45).

Las potencias revolucionarias le brotan a la clase obrera del lugar que le ha tocado en el modo de producción capitalista: en tanto mercancía fuerza de trabajo, se constituye en el elemento subjetivo del proceso de trabajo, en trabajo vivo, aquel capaz de generar más valor del que costó.

Tanto Marx como Lukács (Marx, 1999; Lukács, 2004) encuentran en el trabajo aquello que distingue al hombre del animal, lo propiamente humano. La historia humana es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre la naturaleza, a fin de transformarla en un medio para sí. El primero de ellos, plantea:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula controla su metabolismo con la naturaleza [...] Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a su vez su propia naturaleza. [...] Concebimos al trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. (Marx, 1999: 215-216).

En cuanto a Lukács, Netto nos dice:

La especificidad del ser social, esta articulación única entre necesidad y libertad, encuentra en el trabajo, puesto por Lukács como modelo de la praxis, su fundamento elemental – y no hay duda de que, para el filósofo, la categoría fundante del ser social es el trabajo. (Netto, 2004: 150-151).

Pero además de encontrar en el trabajo el fundamento de la riqueza material, el trabajo como productor de valores de uso para la vida, Marx encuentra que el mismo es la fuente de valorización del capital. Es a partir del proceso de apropiación de trabajo ajeno que el capital individual puede apropiarse de una parte de lo producido por los trabajadores, y la relación que se establece entre ellos, en tanto compradores y vendedores de la mercancía fuerza de trabajo, es una relación antagónica. Relación



antagónica que no es una relación entre individuos, sino entre personificaciones.⁷ El sueño de todo capitalista individual sería no pagarle nada al obrero, porque esto le permitiría una mayor apropiación de valor. Para el trabajador, en tanto está en juego su propia reproducción, no puede sino más que intentar venderla de la mejor manera, al precio más alto. Pero en tanto compete con todos los demás vendedores de fuerza de trabajo, está en desventaja para imponer un buen precio de manera individual. Esta relación de competencia entre vendedores de fuerza de trabajo, se resuelve a través de relaciones de solidaridad entre los trabajadores, traducida en acción colectiva, lo que los constituye en tanto clase que se opone a la clase de los capitalistas, esto es la lucha de clases.

La lógica de la acumulación impone al capital la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas del trabajo, pues a través de la incorporación de maquinaria el capitalista individual logra apropiarse de una plusvalía extraordinaria al producir por debajo del valor social y vender por encima del individual.⁸ El desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones sociales de producción (y consumo) capitalistas y enfrenta al capital de manera permanente con su propio límite. Este límite puede resolverse de dos maneras. La manera típicamente capitalista de resolverla es mediante crisis: “El régimen burgués de producción constituye una traba para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, traba que se manifiesta en las crisis y, entre otras cosas, en el fenómeno fundamental de éstas, en la superproducción” (Marx, 1974: 51). Las crisis son la forma violenta de resolver dicha contradicción a través de la destrucción de fuerzas productivas y relaciones sociales. Marx plantea:

Allí donde el proceso de producción se estanca y el proceso de trabajo se restringe o, en parte, se paraliza, se destruye capital efectivo. La maquinaria que no se emplea, no es capital. El trabajo que no se explota, equivale a una producción perdida. Las materias primas que yacen baldías, no son capital.

⁷ “... las máscaras que en lo económico asumen las personas, no son más que personificaciones de las relaciones económicas como portadoras de las cuales dichas personas se enfrentan mutuamente” (Marx, 1999: 104).

⁸ Es el proceso general que da lugar a la producción de plusvalía relativa, entendida como el proceso por el cual el conjunto del capital se apropia de una mayor porción de valor al disminuir el valor de la fuerza de trabajo por la disminución del valor de las mercancías que entran en el consumo del obrero para su reproducción.



Los valores de uso (al igual que la maquinaria recién construida) que no se emplean o se quedan sin terminar, las mercancías que se pudren en los almacenes: todo eso es destrucción de capital. [...] En segundo lugar, hay destrucción de capital, en las crisis, por la depreciación de masas de valor, que las impide volver a renovar más tarde en la misma escala su proceso de reproducción como capital. (Marx, 1974: 28).

La otra forma de resolución de la crisis implica el fin del modo de producción capitalista, es la forma revolucionaria: la clase obrera tomando en sus manos las potencias del trabajo social y destruyendo las relaciones sociales que la constituyen en apéndice del capital, la clase obrera destruyendo aquello que se le enfrenta como cosa y que la domina (Marx, 1997). Es el cumplimiento del sueño de la modernidad: afirmación de la libertad y emancipación humanas.

El siglo XX, luego de la segunda guerra mundial, trajo como novedad la profundización de mecanismos de intervención extraeconómicos (Netto, 2002). Así, el Estado, en tanto representación socialmente organizada del capital total, pasó a tener en sus manos la provisión masiva y gratuita de valores de uso para la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta transformación del Estado, fundamentalmente en su forma conocida como “bienestarista”, significó para algunos pensadores la evidencia del fin de la lucha de clases (Miliband, 1985) y, años más tarde, la caída del muro de Berlín no hizo más que profundizar este pensamiento. El fin de los “comunismos reales” fue la piedra de toque para la consolidación de un cuerpo de conocimientos conocido como “posmoderno”.

Lo posmoderno remite a un vasto plano de posturas (Casullo, 1991) pero todas ellas comparten el planteo del agotamiento del proyecto de la modernidad. Remitir a la crisis se convirtió en lugar común: **es la crisis de los “grandes relatos”⁹, es la crisis del sujeto¹⁰, es la crisis de la razón como forma de acceder a la realidad¹¹ y, para**

⁹ “Se tiene por *posmoderna* la incredulidad con respecto a los grandes relatos.” (Lyotard, 1993: 10).

¹⁰ “Crisis del sujeto, dice lo posmoderno: el relato más alucinado de la modernidad estableciendo que ése era el sitio de los discernimientos y a partir de él, debacle de la cadena de figuras que el sujeto amparaba: pueblo, clase, proletariado, humanidad.” (Casullo, 1991: 19).

¹¹ “Estamos ahora en el proceso de despertar de la pesadilla de la modernidad, con su razón manipuladora y su fetiche de totalidad, al pluralismo desmantelado de lo posmoderno, ese espectro heterogéneo de estilos de vida y juegos de lenguaje que ha renunciado a la instigación nostálgica de totalidad y



muchos, es también la crisis de la centralidad del trabajo (Rifkin, 1996; Gorz, 1989 y 1998)¹².

¿Qué significa que la centralidad del trabajo entra en crisis? Basados en la evidencia de la extensión de formas precarias de empleo (inestabilidad laboral, trabajo part-time, pérdida de derechos laborales), en el crecimiento sostenido del desempleo, en los procesos de complejización, descentralización y desterritorialización productiva, en la cada vez mayor incorporación de la maquinaria y de la informatización de los procesos productivos, en la necesidad de un uso cada vez mayor de las capacidades intelectuales de algunos miembros de la clase obrera¹³ y en la casi total descalificación de otros, estos autores deducen el fin del trabajo. Las consecuencias de tal afirmación son múltiples.

En primer lugar **negar la centralidad del trabajo es negar la lucha de clases y la centralidad de la clase obrera como sujeto revolucionario**. Así Lyotard, pionero del campo posmoderno, dice:

No se puede ocultar que la base social del principio de división [de la corriente marxista], la lucha de clases, se difuminó hasta el punto de perder toda radicalidad, encontrándose finalmente expuesto al peligro de perder su estabilidad teórica y reducirse a una “utopía”, a una “esperanza”, a una protesta a favor del honor alzado en nombre del hombre, o de la razón, o de la creatividad, o incluso de la categoría social afectada in extremis por las funciones ya bastante improbables de sujeto crítico como el tercer mundo o la juventud estudiantil. (Lyotard, 1993: 37).

Poner a la clase obrera en un lugar central sería, para estos autores, negar que “vivimos en un mundo de múltiples sujetos (...) cada uno de nosotros es una red de sujetos en que se combinan varias subjetividades correspondientes a varias formas

legitimarse a sí mismo (...) La ciencia y la filosofía deben desembarazarse de sus grandiosas afirmaciones metafísicas para verse a sí mismas con más humildad, como otro conjunto de narrativas.” (Eagleton en Harvey, 1996: 23).

¹² “Los trabajadores contratados por las grandes empresas son una pequeña ‘élite’, y esto no porque tengan aptitudes superiores sino porque han sido seleccionados en una masa de individuos tan aptos como ellos con el fin de perpetuar la ética del trabajo en un *contexto económico donde el trabajo pierde objetivamente su lugar central*” (Gorz, 1998: 55). Las cursivas nos pertenecen.

¹³ Utilizo clase obrera y clase trabajadora como sinónimos.



básicas de poder que circulan en la sociedad” (Sousa Santos, 1995: 107).¹⁴ El “cuerpo se convierte en el sujeto posmoderno” (Eagleton, 1996: 72) y la política de clases “cede terreno a una serie difusa de *políticas de indentidad*” (Eagleton, 1996: 7)¹⁵. Allí donde la clase aparece, en los discursos “más revolucionarios” del campo posmoderno, esta no es más que un elemento de la tríada clase, raza y género (Eagleton, 1996: 61).

Para algunos autores hay que abandonar cualquier tipo de política clasista por ser una forma más de opresión. Eagleton, en una crítica a esta postura, plantea:

El racismo es ruin, el sexismo igual, y por eso también lo es algo llamado *clasismo*. *Clasismo*, en esa analogía, parecería representar el pecado de estereotipar a las personas en base a su clase social. (Eagleton, 1996: 62).

Para otros, como Gorz, no alcanza con ello, pues ante la evidencia del fin del trabajo, el problema es que sigue ocupando un lugar central en la conciencia, por lo cual, la política correcta sería la de bregar porque el trabajo “pierda su lugar central en la conciencia, el pensamiento, la imaginación de todos.” (Gorz, 1998: 64).

En segundo lugar, **negar la centralidad del trabajo, hablar del “fin del trabajo”, es una forma de ocultar el lugar donde se produce el valor y el plusvalor, ‘leit motiv’ del modo de producción capitalista.** Algunos directamente afirman que desaparece “el trabajo del que se saca dinero o trabajo-mercancía” (Gorz, 1998: 65). Es evidente que si esto es así, no hay más apropiación de valor, no hay más explotación, y no hay más necesidad de superación. Es la eternización del modo de producción capitalista.

Analicemos ahora algunas de las evidencias que, como ya mencionamos, retoman estos autores para afirmar el fin del trabajo.

La precarización del empleo que para estos autores evidencia la crisis de la centralidad del trabajo, es más bien la crisis de la masividad de una forma de compra-venta de fuerza de trabajo que, producto de la lucha de clases, se extendió después de la

¹⁴ Traducción propia.

¹⁵ Traducción propia.



segunda posguerra. Los autores suelen utilizar indistintamente las categorías de trabajador y asalariado, y restringen este último a quien vende su fuerza de trabajo bajo una forma de contrato particular.

El crecimiento sostenido del desempleo, nos pone frente a una tendencia del capital, ya abordada por Marx en el Capítulo XXIII de El Capital. La misma implica que hay una parte de la población obrera que se encuentra de forma permanente imposibilitada de acceder de manera normal al consumo necesario para su reproducción.

Estos elementos más que del fin del trabajo, dan cuenta de que el proceso de acumulación ya no requiere de la producción masiva de una fuerza de trabajo con atributos homogéneos, sino que cada vez más requiere de una fuerza de trabajo heterogénea (expansión de la subjetividad productiva de unos, degradación de la de otros) y cada vez más produce una población sobrante a sus necesidades de reproducción (Marx, 2000).¹⁶

Algunos autores del campo posmoderno, ven en la desocupación la liberación de las ataduras del capital, la posibilidad de disponer del tiempo libre, la autonomía (Gorz,

¹⁶ “...el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice del control objetivado de las fuerzas naturales, o sea, en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Sus atributos productivos siguen un curso que se asemeja al del obrero sujeto a la división manufacturera del trabajo. Sólo que su curso en esta dirección se encuentra acelerado, y más limitado aún en cuanto a las potencias de su subjetividad productiva, por su condición específica de apéndice de la maquinaria. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca del proceso directo de producción a masas enteras de este tipo de obrero. Y hace otro tanto con el obrero de la manufactura. Reemplaza lo que era la intervención necesaria de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción por la habilidad objetivada en una máquina. Así y todo, a la par que expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, el mismo salto genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión.

En segundo lugar, la acumulación en base a la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte.” (Iñigo Carrera, J., 2001: 2-3).



Rifkin). Lo que es expresión de su más absoluta dependencia del capital se visualiza como acto de libertad. Posiblemente estos razonamientos tengan su raíz en la desvalorización que el campo posmoderno hizo de las categorías de totalidad y de apariencia y esencia (Lukács, 2009; Netto, 2004: 155), elementales para poder dar cabal cuenta del significado de los procesos descriptos. **Esta concepción deja de lado la dimensión totalizante y abarcadora del capital, que engloba todas las esferas de la vida (producción y consumo) en sus diversos planos (material y de las ideas).** Como bien plantea Eagleton “no buscar la totalidad representa apenas un código para no considerar el capitalismo” (Eagleton, 1996: 20).¹⁷

La descentralización y desterritorialización productiva también se constituyen en pilares del campo posmoderno, para afirmar el fin del trabajo. El trabajo obrero ya no sería cooperativo y complementario con el de otros porque no participaría en un mismo espacio físico para la producción de una mercancía. Lo que es producto de un organización capitalista cada vez más compleja que fragmenta la producción de una misma mercancía en diversos ámbitos nacionales, y que enfrenta al capital con la necesidad de su propia superación al tensar la contradicción de un trabajo hecho de manera privada e independiente que se realiza de forma crecientemente social, es presentado ahora como la superación misma de esta forma de organizarse la vida humana.

La cada vez mayor incorporación de la maquinaria y la informatización de los procesos productivos, estarían dando cuenta de la falta de la necesidad del trabajo para el capital. Estas afirmaciones niegan que es el trabajo vivo la única fuente de valorización, al tiempo que presentan lo que es expresión del potencial revolucionario de la clase obrera, el avance sobre el conocimiento de las fuerzas naturales con el fin de controlarlas (desarrollo de las capacidades intelectuales de algunos de sus miembros), como atributo que no le pertenece.¹⁸

¹⁷ Traducción propia.

¹⁸ “El capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera cuya participación en el obrero colectivo corresponde al desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el



Esto último se expresa más fuertemente en el discurso posmoderno sobre la ciencia y el conocimiento.

Mientras que la modernidad trajo consigo una forma específica de concebir la producción de conocimiento con una perspectiva de totalidad, donde la teoría buscaba ser reproducción ideal del movimiento real, para actuar con conocimiento de causas; **el pensamiento posmoderno “postula como una verdad absoluta, la impotencia de todo conocimiento científico para superar, no ya sólo la apariencia del conocimiento de lo más concreto y cotidiano, sino la incertidumbre de toda construcción teórica, condenándonos a negar la posibilidad de actuar con conocimiento de causas.”** (Cademartori, Campos, Seiffer, 2007). El saber científico para ser sólo una “clase de discurso” (Lyotard, 1993: 14) que no tiene “la pretensión de ser original, ni siquiera de ser verdadero” (Lyotard, 1993: 21). El relativismo asume estatuto de cientificidad y la verdad es una pura construcción, acuerdo intersubjetivo entre quienes participan en el campo. En palabras de Netto,

la “ciencia (...) es reducida a discurso, hasta constituirse en un estricto juego del lenguaje, no puede aspirar a cualquier superioridad cognitiva en relación de otros saberes y, una vez que es puesta como discurso, su estatuto de verdad se encuentra en la retórica.” (Netto, 2004: 155).

Las consecuencias que se derivan son claras: si el conocimiento es una imposibilidad, la clase obrera queda sin armas para enfrentarse y “todo intento por construir la comunidad de individuos libremente (o sea, conscientemente) asociados, el socialismo o comunismo, se reduce a una quimera.” (Iñigo Carrera, J., 2004). Si como plantea Rouanet la idea iluminista es tanto instrumento de análisis como patrón normativo (Rouanet, 1993: 43), **la renuncia al proyecto de la modernidad no es más que la renuncia al conocimiento, a la libertad, a la emancipación humana.**

control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo.” (Iñigo Carrera, J., 2001: 3).



Quienes sostienen que estos ideales no pueden perseguirse en términos modernos¹⁹ le ponen a la modernidad lo que es atributo del capital y plantean como promesas de esta nueva etapa a la “distribución”, la “calidad de las formas de vida”, la “democratización de la vida política” (Sousa Santos, 1995: 98), todos ellos elementos compatibles con el capitalismo como forma de organizarse la sociedad. Como plantea Netto,

al acreditar la razón a realidad histórico-social contemporánea, lo que queda en la sombra es el orden del capital, como la dominación de clase de la burguesía. Es evidente que las implicaciones políticas de esa regresión teórica también son regresivas: entre los posmodernos, las alternativas a la sociedad capitalista o no se pueden o, cuando se pueden, están en el limbo de las utopías. (Netto, 2004: 158-159).

Las propuestas posmodernas nos proponen el pragmatismo como “única filosofía de la acción posible”, la imposibilidad de “una interpretación unificada del mundo” y de “una concepción que tome en cuenta su carácter de totalidad llena de conexiones y diferenciaciones” (Harvey, 1996: 69). Ante esto, sólo nos queda estar alertas para no terminar siendo otros Concorde y, una vez más, Marx nos interpela cuando plantea:

Cierto es que el arma de la crítica no puede suplir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que ser derrocado por el poder material, pero también la teoría se convierte en poder material cuando prende en las masas. Y la teoría puede prender en las masas a condición de que argumente y se demuestre ad hominem, para lo cual tiene que hacerse una crítica radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo. (Marx, 1982: 581-582)

¹⁹ “...lo que falta concluir de la modernidad no puede ser concluido en términos modernos bajo pena de mantenernos prisioneros de la mega-armadilla que la modernidad nos preparó: la transformación de las energías emancipatorias en energías regulatorias.” (Sousa Santos, 1995: 93).



Bibliografía

- Casullo, N. (1991): *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur editores, Buenos Aires.
- Danani, C. (1999): "De la heterogeneidad de la pobreza a la heterogeneidad de los pobres. Comentarios sobre la investigación social y las políticas sociales", en *Revista Sociedad N° 14*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires.
- Danani, C. (2004): "Políticas Sociales y Trabajo Social", teórico del I Cuatrimestre, material interno de cátedra, Cátedra Alayón, Carrera de Trabajo Social, UBA, Buenos Aires.
- Danani, C. (2005): "La construcción sociopolítica de la relación asalariada: Obras Sociales y sindicatos en la Argentina, 1960-2000", Tesis doctoral, UBA, Mimeo, Buenos Aires
- Danani, C. y Grassi, E. (2008): "Ni error ni omisión. El papel de la política de estado en la producción de las condiciones de vida y de trabajo. El caso del sistema previsional de la Argentina (1993-2008)" en Lindenboim (comp.): *Trabajo, ingresos y políticas en Argentina. Contribuciones para pensar el siglo XXI*, Eudeba, Buenos Aires.
- Eagleton, T. (1998): *As ilusões do pos-modernismo*, Jorge Zahar Editor, Río de Janeiro.
- Gorz, A. (1989): *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- Gorz, A. (1998): *Misérias del presente. Riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires.
- Grassi, E. (2003): *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*, Espacio, Buenos Aires.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002): *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- Harvey, D. (1999): *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Hobsbawm, E. (1999): *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, J. (2001): "Transformaciones en la acumulación de capital. De la producción nacional del obrero universal a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera", mimeo, Buenos Aires.



- Iñigo Carrera, J. (2004): *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.
- Lukács, G. (2004): *Ontología del ser social. El trabajo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- Lukács, G. (2009) *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Ediciones RyR, Buenos Aires.
- Lyotard, J-F. (1993): *La condición posmoderna*, Planeta Agostini, España.
- Marx K. y Engels, F. (1994): *El manifiesto comunista*, Centro Editor Argentino, Buenos Aires.
- Marx, K. (1974): *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Tomo 2, Ediciones Brumario, Buenos Aires.
- Marx, K. (1982): “En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Introducción”, en Marx, K.: *Escritos de juventud (1843-44), Obras fundamentales, tomo I*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marx, K. (1997): *Manuscritos*, Altaza, Buenos Aires.
- Marx, K. (1999): *El Capital. El proceso de producción del capital*, Tomo I, Vol 1, Edit. Siglo XXI, México.
- Marx, K. (2000): *El Capital. El proceso de producción del capital*. Tomo I, Vol. 3, Siglo XXI Editores, México.
- Miliband, R. (1985): *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI Editores, México.
- Netto, J.P. (2002): *Capitalismo monopolista y Servicio Social*, Cortez, San Pablo.
- Netto, J.P. (2004): *Marxismo impenitente. Contribucao à história das ideais marxistas*, Cortez Editora, Sao Paulo.
- Offe, C. (1991): *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Alianza Editorial, México.
- Polanyi, K. (2006): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rikfin, J. (1996): *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona.
- Rouanet, S. (1993): *Mal-estar na modernidade. Ensayos*, Editora Schwarcz Ltda., Sao Paulo.
- Smith, A. (1999): *La riqueza de las naciones*, Folio, Barcelona.



Sousa Santos, B. (1995): *Pela mao de Alice. O social e o político na pós-modernidade*, Cortez Editora, Sao Paulo.

Thwaites Rey (2005): “Estado: ¿qué Estado?”, en Thwaites Rey y López: *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado Argentino*, Prometeo, Buenos Aires.

Zeitlin, I. (1973): *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires.